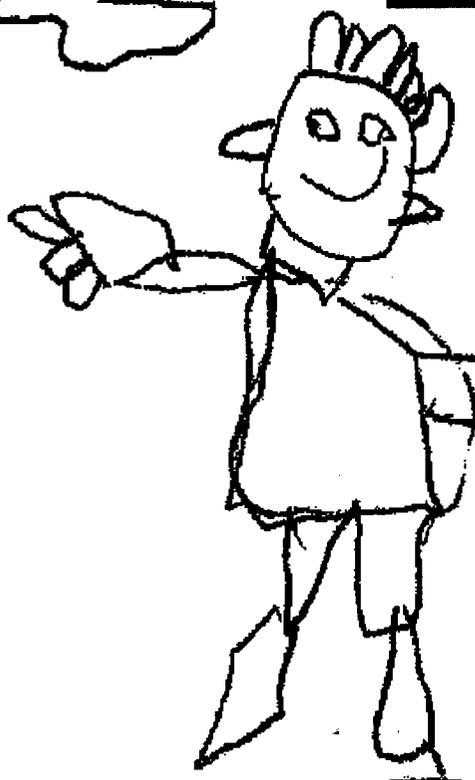
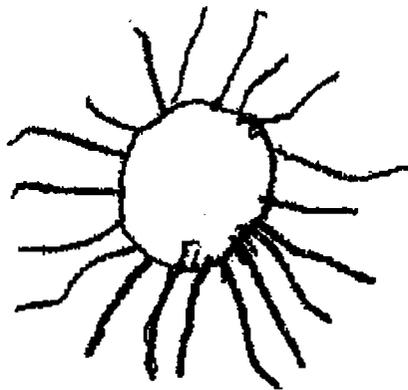


# Escuela educadora



La educación fue el mito de la democracia venezolana. El mito en el sentido positivo, motivador, y también en el sentido negativo, de espejismo sin realidad tangible.

La educación derrotó simbólicamente en los años 60 a la guerrilla, abriéndose a la modernización democrática. La educación fue presentada por los demócratas modernizadores como la vía de ascenso económico y de igualación entre las clases sociales. Era la batalla que había que ganar contra un pasado de ignorancia, de rutina y de falta de posibilidades.

Los padres de la democracia vieron con claridad que el paso de la república señorial a una democracia de masas dependía, no sólo de la capacidad que ellos tuvieran para movilizarlas y organizarlas, sino especialmente en abrir paso a la generación de relevo en instrucción, capacitación y educación integral. Sólo si este crecimiento se daba de un modo sostenido y permanente, se estabilizaría y articularía la democracia en el país.

Precisamente, la democracia se basa en ciudadanos con capacidad y responsabilidad, con posibilidad de ejercer un desempeño cualificado y voluntad de llevarlo a cabo dentro de un marco concertado, en el cual se conjuguen positivamente el provecho propio y el de los demás.

El proyecto modernizador requería destinar con eficiencia una parte muy considerable del presupuesto nacional, para establecer una educación básica que llegara a toda la generación que se levantaba y a todos los adultos que de niños no tuvieron esa oportunidad. Hay que reconocer que en una situación económica apretada, como fueron los inicios de los años 60, se realizó un esfuerzo considerable para llenar el país de escuelas sencillas, sólidas y funcionales, y lo que es más difícil, de docentes con preparación suficiente y dosis excepcionales de mística. La lucha contra el anal-

fabetismo nos comprometió a todos. Se estaban sentando las bases de la inclusión de los discriminados secularmente en la comunidad nacional.

Sin embargo, algo comenzó a desdibujar el propósito común. La militancia partidista y gremial, que en los primeros años actuó como correa de transmisión del movimiento modernizador y como acicate para la emulación personal, con el paso de los años degeneró en rutina, discriminación, sectarismo e inmovilismo, encerrándose en sí mismos.

También, el Estado abandonó esa prioridad. Conforme la renta petrolera se iba haciendo insuficiente para atender a todos los frentes, otros grupos presionaron para que se transfirieran a ellos los recursos que empezaban a escasear. Y más aún, en el propio sector educativo los gastos fueron desviándose hacia la burocracia y cada vez más hacia el sector universitario, con desmedro de la primaria, de la secundaria y de la educación técnica. Esta tendencia condujo al deterioro de las instalaciones, a la desmotivación de los educadores, al desánimo de las comunidades educativas y a la regresión pavorosa de los estándares educativos, de modo que se da por sentado que quien sale hoy de una primaria popular no sabe leer ni escribir, y es muy posible que no supere esta deficiencia elemental a lo largo del bachillerato.

En el gobierno de Caldera se alzaron muchas voces pidiendo que se declarara un estado de emergencia nacional para encarar este desastre. El Ministro de Educación sostuvo tenazmente este diagnóstico y luchó contra viento y marea por la rehabilitación de la primaria. Durante estos últimos años, el Consejo Nacional de Educación no sólo ha movilizad el pensamiento crítico sobre la educación, sino que plantea propuestas concretas que reflejan la necesidad de aceptar que el problema educativo requiere la energía y el que-

# para el siglo del saber

hacer de todos los actores sociales. No se trata de atribuirle a la educación la cura milagrosa de todos los males. Se trata de responder a una doble exigencia: cumplir a cabalidad con una escuela verdaderamente universal y educadora y, por otra parte, preparar a nuestra sociedad para los desafíos de la pluralidad y de la integración exitosa en la era de la información y del talento creador. "La carrera política y económica del siglo XXI es una carrera entre los sistemas educativos de las distintas naciones".

## Hay que retomar el proyecto educativo

Es impostergable retomar el proyecto de hacer efectiva una educación básica de calidad para todos los venezolanos -niños y adultos- como base de una república de ciudadanos.

Para ponernos en marcha necesitamos entender que si la educación es un derecho, también es un deber de todos. Es tarea de la familia, de las Iglesias, los partidos políticos, sindicatos, medios de comunicación, empresas y voluntariado. La acción educativa no será eficaz sin la relación armónica de las instituciones sociales, el apoyo de la comunidad y el liderazgo del Estado. Esto nos lleva a romper la tradición de lealtades "enfermizas" partidistas y gremiales, tanto en la burocracia ministerial, regional o municipal, como en las instituciones directamente responsables de la acción educativa. Ello implica, el reconocimiento de que la burocracia es auxiliar de las comunidades educativas de docentes, alumnos y representantes, y el construir mecanismos por los cuales cada una de las partes tenga obligación de responder ante las demás.

Como los recursos son no sólo escasos sino insuficientes, eso significa que el colectivo debe estar dispuesto a hacer sacrificios costosos para que no falten recursos para la educación básica y, correspondientemente, debe velar para que se inviertan con la mayor eficien-

cia. De allí que, al aumentar los impuestos, también los contribuyentes deben exigir la canalización de sus aportes al funcionamiento de la educación básica para todos.

Si las asociaciones privadas pueden llevar la educación popular con más solvencia que el Estado y con menores costos, el Estado tiene la obligación de canalizar hacia ellas ese servicio público -que no deja de serlo porque lo administra una organización no estatal-. Fe y Alegría podría simbolizar lo que queremos decir; pero como ella tantas otras de modo más capilar.

Debe estudiarse seriamente la posibilidad de homologar los sueldos en la educación a los diversos niveles: primaria, secundaria y universitaria. A iguales credenciales, dedicación y desempeño deberían corresponder las remuneraciones. Desde un sueldo base inicial, el escalafón que podría llegar a triplicar el sueldo base, sin abandonar del todo la variable de antigüedad, se establecería en base a la calidad de docencia, investigaciones y títulos. De este modo se favorecería la dedicación vocacional a cualquiera de los tres niveles y además su desempeño cualificado. El Ministerio, la escuela y el aula no son una "caja negra" tenemos que implantar la evaluación e información creíble y el seguimiento de los resultados.

## El Estado en su función transparente

Educar al más pobre, facilitar los bienes que la iniciativa privada no puede dar por sí misma y asegurar la más amplia información de las opciones educativas, son en gran parte objetivos que competen al Estado. La creciente brecha social tiene su correspondencia directa en la educación. Basta pensar en las escuelas de barrios y caseríos cuya jornadas son incompletas, con escaso material y dificultad para compensar las fallas de la pobreza del entorno; y las escuelas de urbanizaciones o vigorosos

centros urbanos en donde día a día se incorporan los últimos adelantos y las oportunidades para nuevas habilidades. Si, además, recordamos que la escolaridad de las mujeres es determinante para reducir la mortalidad y morbilidad infantil, mejorar la nutrición familiar y disminuir la tasa de fecundidad; si tomamos conciencia que el nivel educativo de los padres es la variable de mayor peso en el rendimiento y prosecución escolar de los hijos, el hecho de que la escuela básica no sea sólida aumenta la brecha cada día.

De este modo la educación, como impulso motivador y canal de inclusión y movilización social de la democracia, ha pasado a ser el mecanismo más eficaz de discriminación de unos y selección de otros y, por ende, el gran cuestionador y símbolo del fracaso de esta democracia.

Este país sólo será viable si la sociedad como cuerpo se sacrifica, aceptando que el Estado priorice la educación básica y, por tanto, derive hacia ella una parte considerable del presupuesto deficitario y sea debidamente fiscalizado para eliminar los pretextos para desperdiciar. El Estado debe impulsar la diversificación de opciones educativas, incorporando a los sectores sociales no sólo como administradores, sino como innovadores de nuevos caminos para llegar efectivamente a la gente. Si la política y los canales de gestión se unen en sus objetivos, es posible que construyamos la "escuela educadora para el siglo del saber".